

Árboles de Violetas Caps. IV y V

Llanara Moonrise

Capítulo 1

4

La vigilia que le embargó durante el trayecto hasta Estados Unidos le provocaba que en ocasiones se arrepintiera de irse. No era una cosa sensata ni madura tomar una maleta y decir adiós, literalmente. Abordó el último avión, ese definitivo que la alejaría de su continente. Miró hacia atrás ridículamente creyendo que Daniela y Poffy aparecerían como por arte de magia y le rogarían que no se fuera. Colocó las maletas en el transportador quedándose con su bolsa de mano. La sobrecarga que iría también en ese viaje, le deseó una muy buena estadía, ojalá así fuera.

Los asientos estaban divididos en dos columnas de tres, desafortunadamente el de ella quedaba junto al cristal, aguantándose de ir al baño por no molestar a sus desconocidos acompañantes.

Estiró el pliegue que servía como cortina y pudo otear el atlántico, empapado por la coloración plata de la luna mientras diminutas vibraciones se alzaban en oleaje. Luego de minutos se le revolvió el estómago y tuvo odiseas de desgracias aéreas. <Podría haber un ciclón, o un fallo en el motor. No, el piloto se quede dormido o peor aún, que fuese secuestrado por terroristas maniáticos>

—¡Dámelo!

—¡Es mío!—. Propinó un mordisco en el brazo de su hermano el cual soltó un chillido espantoso. Lena sacudió la cabeza saliendo de su ensimismamiento. La algarabía de unos niños discutiendo le recordó por qué no deseaba engendrar hijos, y también el por qué nunca le pasó por su mente ser maestra de kínder. La madre les chistó como si fuera suficiente, entonces, comprendió que iba hacer un viaje no solo de diez horas. Recostó el asiento y puso empeño en dormir.

—¡Volvió a morderme!

Luego de repartir la conformación de la banda arribaron a su amado destino. A las tres de la mañana la noche era más espesa, a esa hora la noche lograba ser noche. Siempre machacados tanto por los continuos y largos viajes como por los esfuerzos sobre humanos que exigía su profesión. Enredó la bufanda cerciorándose de taparse bien la nariz. El

taxi arrancó y dos siluetas, una más grande que la otra, eran las únicas figuras reconocibles en el preludio de un ambiente veraniego. El portón osciló adentro y los ladridos acribillaron el apacible silencio. Una luz se encendió en el interior de la casa. La puerta de caoba se abrió, saliendo por ella una mujer de edad, con el pelo teñido de un rubio casi blanco. Abrazó a uno, luego a otro. La calidez hogareña les vino bien, eso de andar durmiendo en hoteles por un año casi conseguían identificar el tipo de colchón que usaban. Como era habitual, si una de sus llegadas era por la madrugada, en la mañana ellos le contarían detalles.

—Trae una gripa de los mil demonios—. Informó el más parecido a ella.

Diego tiritaba las piernas invalente en desabrigarse.

—Llama al doctor y haz que te tomen una cita. Para hoy. — Tras la arrugada bufanda se sintonizó una voz carrasposa y atorada, provocándole a Alex una risa burlona recordándole el chillido de su patito de hule. Medio caminó y medio se arrastró hasta su cama, sintiendo la opresión en el pecho. Dentro de unas horas, estaría con el médico.

Llegando a España un formidable hombre la dirigió hasta el desembalaje. El pueblo se hacía llamar Córdoba, el distintivo acento no tardó en aparecer a medida que los transeúntes deambulaban a su lado. Era el primer pueblo oficialmente europeo, aunque le restaba mérito, la mitad del mundo ya había visitado Europa. Siguió las arduas indicaciones, que para ella eran gritos desesperados de su amigo de cómo llegar hasta Palazzina. Resopló y; aburrida, recordó el nombre de la estación y cómo había que pedirlo.

En el extraño vagón se apreciaban todo tipo de gente, jamás había abordado un tren de pasajeros, en su país estaba casi extintos, a excepción del metro pero solo se utilizaba dentro de la misma ciudad. Unos kilómetros más adelante, casi plantó el rostro ante lo que sus ojos veían. Cientos de almendros eran revestidos por orquídeas amarillas como si fuesen tapetes interminables a lo largo y ancho de la tierra rojiza que caracterizaba los plantíos italianos. Y lo mejor de todo, no había ninguna voz que le narrara. Estaba ahí, en Italia, a minutos de bajar y perderse de nueva cuenta, pero ahora no le importaría. Italia, ese país en forma de bota acreedor de millones de turistas al año. Se pellizcó inocentemente, caray, Fabricio debería de estar orgulloso de su nacionalidad.

Vislumbrada y estética ante ese tipo de paisajes que solo en canales educativos podía conocer, bajó torpemente con sus dos maletas, un bolso

y el corazón hecho en ascuas...Verona le daba la bienvenida.

El Lexus rojo quemado se estacionó. Después de la poca actividad onírica que tuvo durante la noche, le fastidiaba el más mínimo detalle. Entró en la pequeña clínica particular, se deslindó de las gafas Rayban café claras como los ojos que cubrían. Le atendió una chica bella, rubia, esbelta y de ojos azules, a quien trató de seducir inmediatamente olvidándose, qué sorpresa, de su malestar. Tomó asiento mientras se hacia el desinteresado en ella. No con mucho éxito. Era el típico consultorio, solo que sin clientes, era sábado y se cuestionaba el por qué habían accedido en atenderlo, luego encontró la respuesta en su fría mente: Era alguien importante. Hojeó una revista, como siempre, de hace ya unos años atrás. La recepcionista le pasó rosándole impetuosamente las rodillas. Era encantadora. Le siguió con la mirada hasta que abrió la puerta derecha. Fabricio, el hijo del dueño que también era doctor, trabajaba los fines de semana con su padre. Él salió a lo que sus ojos parecía un recado. Nunca se habían caído. Juraba que Fabricio le mantenía una riña desde niños. Iban juntos a la escuela, compaginando el mismo sentido de coexistencia: La música. Y solo el joven alto lo había logrado. Se saludaron haciendo un gesto machista con la cabeza. Le dio las gracias a Jade, para volver a inhibirse en su oficina. <Jade>, de la forma menos pensada había conseguido su nombre.

Su mente iba explorando a medida que no encontraba nada con que entretenerse. La bella mujer era una propuesta, pero demás tentativa, seguro ya tenía sus apellidos juntos luego de un acta de matrimonio. Apartó la vista de ella. Se preguntó el por qué los doctores siempre hacían esperar a sus pacientes. <¿Será una ideología de su licenciatura?>. Le daba igual. Cruzó la pierna izquierda, llevaba puestos esos olvidados pero en su tiempo famosos tenis Adidas blancos con tres rayas diagonales a los costados.

El sonido de la campanilla de cobre le volvió a la realidad, atento a que alguien había entrado. Era una mujer de cabellera castaña recogida, morena, ligeramente bronceada y estatura no rebasante al 1.70. Su pronunciación era pésima, pero entendible. Traía consigo un par de valijas y un bolso enorme colgado al hombro, además de unas gafas de aumento. Se sentó justo frente a él, sonriéndose en señal de saludo. Diego permitió ver su aperlada dentadura. ¿Qué más podía hacer cargando con esa mierda de gripe?, y; para su asombro, la joven también hizo lo mismo. De inmediato, y no evadiendo su ego prejuicioso, la calificó como una persona tímida y torpe, sin nada de belleza, a excepción de esa sonrisa que conseguía marcar dos líneas en sus mejillas, abultándolas

alegremente. La poca empatía que tenía hacia las personas lo obligaba a juzgarlas, luego de hacerlo no se mortificaba, estaba seguro que toda la gente hacia lo mismo, solo que muchas no se atrevían a confesarlo. Le examinó justamente la sonrisa, una cualidad que mantenía desde pequeño era anclarse a las sonrisas de la gente, con el tiempo aprendió a interpretarlas. Algo vago para mucha gente, pero había comprendido que ese gesto era el más sincero de todos, y el que con más facilidad se podía fingir.

Las manos de Lena estaban sudorosas, observó sus dedos. Al fin estaba ahí, en Italia, en Verona, en Palazzina, en...un consultorio sin estar enferma. El tipo grandulón tenía finta de marica con esa pierna cruzada, pero la cazadora desabrochada la hacía dudar. Quizá eso pensaba por la docena de kilos de sueño que le hacían falta. La secretaria les echó un vistazo, primero a uno, luego a otro. Se percató de la extraña mueca de él, maquinando su mente como si se tratara de una amante. Releyó el nombre deteniéndose en los apellidos, ya no le cabía duda; sí era ese Diego, a menos que se pareciera bastante al que salía en la tele.

—¿Tiene pacientes?— . Destrozó Lena esa atmósfera soporífera de pensamientos entre los dos.

—Sí— mintió.

Dio vueltas al higiénico y moviendo pícaramente el trasero se plantó junto a Lena, quien no se daba cuenta de nada. Aún no concebía el poder estar en ese país. Hizo que se le resbaló el pedazo de papel, agachándose lentamente provocando no solamente que se le viera la parte de las braguitas, si no una sensación en él. Diego miró inconscientemente, apartando la vista en segundos, y para esfumar sus lujuriosas intenciones decidió entablar conversación con la recién llegada, quien ya lo había adivinado todo.

—¿Vienes a cita?— sonó torpe.

Lena abrió los ojos ante la idea de hablar con alguien desconocido. Negó sin articular el vocablo.

Jade por fin entró al baño sin conseguir lo que deseaba. Él dio un alarido de alivio.

—Qué tipa—. Refunfuñó—. Aunque debo confesar que ya estoy un tanto acostumbrado,— osó en decir como si ella acertara en su pavoteo. <Además de marica, rey del mundo> Se hundió en hombros. Por un momento éste dudo que no sabía quién fuera. Toda Europa los conocía, y si ella estaba en Italia lo más razonable era que lo conociera.

De la puerta izquierda salió un hombre regordete con mejillas en

forma de bombones y ese peculiar aroma a jabón.

—Buenas tardes... ¡Leny!— se aproximó—. Tanto tiempo sin verte muchacha. Me comentó mi hijo que vendrías. Dios, mírate, haz crecido— retrocedió un paso para examinarla.— No te pareces a nadie de tu familia.

Dejó sus cosas y con un afectuoso abrazo sellaron la bienvenida.

—Siento ser muy rápido. Ya tendremos tiempo para charlar. Bien...— miró su reloj—. Seguramente habrás estado esperando mucho. — Se refirió a Diego — ¿Ya se han presentado?

Ninguno de los dos cuestionados afirmó el hecho inexistente. Don Patricio se echó a reír, luego se detuvo recordando algo.

—Diego, me habías comentado— puso la mano sobre su hombro— que acababas de adquirir una propiedad en nefastas condiciones.

<<Dios santo>>. Susurró Lena en su interior sintiendo cómo el estómago se le estrujaba, podía pronosticar lo que el doctor estaba a punto de decir.

—Sí...—corroboró dubitativamente.

—Y que quisieras hacerle unas remodelaciones, pero ninguno de los pillos se acomodaba a tus ideas.

—Discúlpeme, pero ¿a qué viene todo esto?— alzó una mano dejándola caer inersamente.

—Lena es una magnífica arquitecta y decoradora, además que tomó un diplomado en paisajismo. — sonrió.

Diego adhirió su vista a ella, aunque no estaba convencido de querer contratarla. Parecía un mosquito temiendo en ser aplastado. Ahora cabía la posibilidad de embonar su apariencia: una camiseta de lo que figuraba un club deportivo, vaqueros negros con visibles salpicaduras de pintura, rematando con zapatillas tipo militar.

—Diego, ¿qué dices?

Era la tercera vez que sus ensimismamientos le causaban problemas. Lena enrojeció tras esa mirada de desprecio. Siempre había respetado a Don Patricio, pero en ese momento lo odiaba por haberle soltado su profesión a un tipo que bien, se sentía el rey del lugar, o en verdad todas las mujeres querían acostarse con él.

—Eh...—, rascó su nariz—. Tendríamos que acordarnos, quizá ella busca

un trabajo más grande.

—¡Oh no!, cualquiera está bien. Además Len. — Dejó de tomarle el hombro que tanto lo incomodaba. — Es de América, podría darle un nuevo aire a esta ensombrecida provincia.

<No, jamás>

Recordó la última vez que visitó el moderno continente, y también el gran favor que le hizo el señor al atenderlo en horario no laboral, sin sumar los arreglos de análisis de su hermano al jugar los partidos y no diera positivo al antidoping.

—De acuerdo—; sonrió lánguidamente—. Le haré unas pruebas—. Sintió cómo una presión se le arremolinaba en el pecho.

—Oíste hija, ite eh pillado un trabajo el primer día en Italia!

< ¿Gracias?>

—Se lo agradezco. — Acomodó los lentes; — aunque- aunque no creo que el joven esté muy convencido.— Diego enarcó una ceja.

—¿No deseas remodelar tu casa?

—Sí, por su puesto pe-pe...

—¡Perfecto! Esta chica es una joya de monerías Diego, ya verás cómo te enamoras de su trabajo.

Un escalofrió se clavó en su espalda, a la vez que tragaba saliva. Ya no se podía arrepentir.

—Pásate. — Extendió el brazo—. Tu madre no me mentía, sí te vez como un gilipollas.—

Antes de que entraran, Lena preguntó su ya antes contestada pregunta.

—¿Fabricio está ocupado?

—No, solo te está esperando para irse—. Guiñó el ojo.

Lena entró al vestíbulo. Él estaba con los auriculares, impidiéndole dar fe de lo que acontecía afuera. Dejó caer por segunda vez su equipaje. A pesar de las madrugadas conversaciones nunca había sido lo mismo tenerse frente a frente. Fabricio la abrazó levantándola intencionalmente. Un abrazo que necesitaban los dos a base de problemas y desahogos que no debía ser interrumpido por ninguna palabra, hasta después de varios segundos.

— ¿Cómo estuvo tu viaje?—le ayudó a levantar el pesado bolso.

—Mi trasero se ha quedado extraviado en el avión o en el tren. — Bromeó.

Al fin se podía sentir como en casa. Tantos rostros y modales distintos a los de ella le extraviaban aún más. Detalló el bello y cómodo consultorio. Un esqueleto por la esquina y el plato del buen comer junto a la camilla. Mientras ella se ensimismaba, Fabricio la examinaba de soslayo. Sí era Lena, aquella niña que coleccionaba lombrices y las podía diferenciar a simple vista, la distraída y antipática a cualquier hombre, la que prefería gastar su mesada en un buen cuadro o libro a gastarlo en fiestas. La de las gafas negras y fleco. Ella, pero más grande.

—¿Qué tengo?

Parpadeó apartando torpemente su vista, enrojecido.

—Podrías haber cambiado un poco, ¿no crees?

—La mayoría de los cambios son para mal. — sonrió. Recordó instintivamente su trastada con Don Patricio, y también en qué lio la había metido. Entrecerró los ojos, sentándose en el asiento de los pacientes.— ¿Le has dicho a tu padre que eh venido en busca de trabajo, cierto?— Fabricio respiró profundo comprobando que en decirle a su padre 'Guarda silencio' había sido en vano. Caminó a su silla habitual meditando la

respuesta.

—Sí, él cree que tu padre está rehabilitado, no podía decirle que vienes huyendo y has dejado a tu hermana y a...— tronó los dedos— Poddle.

—Poffy.

—Sí, ella.

Aunque no fuese una excusa muy válida, tenía razón. El señor Patricio admiraba tanto a su padre que echarle una mentira era más colorida que una verdad. Recapituló las cosas, asintiendo en medida que aceptaba el plan de su amigo.

—¡Pero ese no es el punto!—, volvió a estañar. — Él ha hecho que un tipo me “contrate”, que estoy segura lo hizo por compromiso.

Fabricio se puso de pie atisbado por la idea de quién fuera ese tipo. Se apoyó en el borde del escritorio.

— ¿Ese sujeto era alto, con barba, un rastro de pelo en el centro de la cabeza y con cazadora?

Asintió dudosamente. Él se llevó las manos al rostro refunfuñando. Buen hombre había elegido su padre para que Lena trabajara.

—Ten cuidado. Es decir, no. Rechaza toda relación — movió las manos—. Bueno, no te lo prohíbo, pero si aceptas, podría acatarte problemas.

¿Qué podría suceder con un tipo que en primera, le había juzgado como homosexual, y en segunda, no tenía ni pizca de encanto? Las palabras de su amigo trataron de sonar amenazantes. Pero habían logrado despertar el espíritu competitivo y sobre todo curioso de Lena.

—Yo también sé jugar—. Decretó irguiendo los hombros.

Diego salió, dudoso, dejando la dirección de mañana. No podía haber dicho no de una vez. A pesar de su ofuscada verdadera elección aceptaría mostrarle el lugar, quitaría la lástima de reprocharla por su finta, si no le apetecían sus ideas, tendría motivos válidos para negarle la oportunidad. Salió sin mirar a Jade. La sala se había quedado vacía, tan vacía como la única persona que yacía ahí.

—¿Quién fue el descerebrado que te pegó esa idea?—. Alex pasaba sin interés alguno el mesaggero que, para su infortuna, Italia había perdido contra La Furia Roja en la Euro.

—¡Nadie hombre!, pero creo que ya es tiempo de dejar a los viejos solos.

—Un punto— dejó por las buenas el periódico. Escrutó el semblante de su hermano: felicidad; una felicidad que él aborrecía reconocer en las demás personas, y no por envidia, sino por los comunes desenlaces fatídicos.

—¿Dónde es?

—Eso es lo mejor—; sorbió un diminuto trago de café queriendo no parecer muy ansioso por desembuchar todo.— Es una casa medieval, con ocho recámaras, un recibidor, dos estancias, cocina, cuatro baños y medio, tres hectáreas de tierra virgen...

—¿A las afueras de Verona? Muérete.

—Temo que Dios no quiera cumplirte tu deseo.— Dedicaron los siguientes diez minutos a discutir la pésima alineación que había utilizado la azzurra. — Ahora, pensarás que me salió más caro que lo que cobra Di Caprio en una película, pero no. La eh adquirido en tan solo 13,000 euros; sin endeudamientos, con todos los servicios básicos, toda una ganga. Aunque no puedo evitar reprochar que era un par de viejitos los cuales ya no podían mantenerla, me recordó a Bajo el Sol de Toscana. La mala es que no hay pizca de urbanización a 40 kilómetros, exceptuando las haciendas.

Alessandri sonrió irónico.

—Estás completamente inmerso en una irracionalidad que me preocupa. Tú no eres hombre de hogar, no naciste para subsistir una familia, siquiera a un perro. Te encantan las mujeres, los lugares donde abundan y no creo que seas capaz de vivir rodeado de naturaleza—; Diego permanecía inalterable ante la zarza de palabras poco beneficiosas de su persona—. Eres hombre de ciudad, no estamos hechos para ser domesticados.

La comida arribó despertando el apetito en ambos. ¿Y si su hermano tenía razón?, ¿y si solo había malgastado una baba de su porcentaje de ganancias? Lo que más cólera le provocaba era la naturalidad innata con la que Alex había asegurado que no lo lograría. Tenía que aceptar el hecho de que, mientras firmaba los papeles de propietario; pensó en lo agradable que sería que una familia viviera ahí, una familia alegre, su familia.

—Pues hoy he contratado a alguien para que se encargue de remodelarla—, sintió la penetrante mirada de desaprobación.

—¿Y quién es? ¿Un decorador afamado, un arquitecto que haya construido futuras maravillas mundiales?

—Sí cabrón. A todo el equipo de MakeOver[1]— tragó por no saber quién era. — Es alguien recomendado. Dentro de dos días iré a mostrarle el sitio. Estás cordialmente invitado.

—Gracias y, aunque me gustaría declinar tu invitación; deseo conocer tu futuro hogar. Además de ver quién será el valiente que comprenda tus ideas picassas.

—Eso es pan comido.

Un montoncito de atolondradas jóvenes se acercaron a pedirles algunas fotos y autógrafos. A la mayoría de los artistas les irritaba verse interrumpidos cuando comían, pero a ese par mientras más atención levantaban, menos importancia daban a sus intimidades. Cuando todas se fueron, Alessandri dijo:

—¿Nunca has imaginado enrollarte con una fan?

Diego arqueó las cejas mientras se daba golpecitos en el pecho por la tremenda sorpresa.

—Pues...¿enrollarte en el sentido de amigos-novios o sexo?

—Sexo. Únicamente eso.

—Bueno; por esa razón existen mujeres que se dedican al oficio—; partió el pedazo de sirloin cocinado a tres cuartos.

—Elemental. Digamos que hacerlo sería correr un riesgo excitante...

—Ya. ¿Viste a quienes se acaban de ir? Yo no podría acostarme con alguien que se supiera todas mis canciones, es como si me acostara con

mi hermana.

—Lo bueno es que no tenemos hermana. Si analizamos la edad; hay quienes tienen dieciocho y una mente de cuarenta.

—Avísame cuando conozcas a alguien así.

—¿Entonces no?

Diego lo observó por unos segundos.

—Apuesto a que todas ellas comparten el sueño erótico comunitario con alguno de nosotros— se limpió los restos de comida.— En este punto prefiero una relación con gente de mi alrededor, no con una mujer desconocida ni careciente de belleza.

Alessandri aplaudió sus palabras y eso lo hizo sentir tenuemente arrepentido. No había imaginado a ninguna de sus fans, sino a la anormal mujer del consultorio.

—Hablando de gente alrededor. Sperliego nos invitó precisamente hoy a un partido de golf.

Sperliego era el típico conocido que se creía amigo íntimo de una celebridad; en ocasiones servía para datos simples a los medios. Era dueño del club campestre veronés y, por consiguiente, necesitaba que personas como Alex y Diego asistieran tanto para elevar la exclusividad de los socios como de los precios. Tenía una esposa guapísima que acostumbraba presumir a los cuatro vientos, lástima que solo pregonaba sus atributos físicos y preferencias sexuales a la hora de hacer el amor.

—No me agrada como habla de su esposa—, dijo sin preámbulos.

—¿Y eso qué? Por más que diga que tiene un trasero de infarto para golpear a cualquier hora, nadie le cree que no toma viagra para las exigencias de ella.

Diego rió con ganas.

—No puedo estar más de acuerdo contigo—; se fijó en la hora— será mejor que vayamos alistando los malditos palos, sabes que los que ahí ofrecen no cuentan con protector.

—Así me gusta.

—¿Hablas de su esposa?— se levantó sonriendo maliciosamente.

—También ella. Está buena, no hay que restarle mérito.

—Lástima que no sea tu fan.

Salieron rumbo a su cita en el Lexus de Diego, Alessandri aún no se animaba en comprarse un auto.

Todos los lazos sociales se los debían en gran parte a sus padres; un matrimonio aristocrático moderno que se la pasaba de maravilla casi toda la semana, a excepción de cuando les tocaba a ellos prestar su casa para alguna celebración o cuando los paparazzis osaban en pisar los rosales de Nora todo para conseguir una estúpida foto exclusiva.

Los padres de Sperliego caminaban acompañados de un grupo de empresarios neozelandeses, ellos vestidos de traje y el par de italianos con bermudas y polos rosas. Se les veía ahí reunidos para cerrar un trato de préstamo. La banca italiana les había negado una cifra de seis dígitos por ser catalogados como una de las familias más sustanciosas del noreste de Italia; algo que no podían discutir.

Diego no tuvo ganas de ponerse la indumentaria de régimen, ni tampoco que un caddie cargara con sus palos y lo siguiera como perro alrededor de dieciocho hoyos.

—Qué porquería de deporte es este—, habló para sí mientras esperaba al resto recargado en la barra de recepción. Aceptaba que era pésimo jugador, nunca atinaba ni por una distancia considerable al hoyo (por más cerca que estuviera) y tampoco le importaba mucho saberse el perdedor del grupo. Cruzó una pierna a la altura de los tobillos al ver a los padres de Sperliego detenerse frente a él. Siempre trataba de parecer entretenido en ese infierno de recreación ante ellos; sus padres se adoraban y lo menos que deseaba es que dejaran de hacerlo.

—En Italia hace frío, amigos. Neva, llueve, hace un aire endemoniado—, empezó a charlar consigo imitando estar en la conversación.— Yo que ustedes me buscaba un clima tropical, quizá por Sudamérica o en las costas mexicanas; un campo de golf que estuviera abierto todos los días del año y no solo dos meses. Es un inadecuado lugar para invertir millones de dólares,— sonrió—. Es más, ni siquiera gastaría mi dinero en algo tan aburrido como el golf; es dañino para el ecosistema y no tan accesible, ¿quién landres se divierte empujando una

pelotita para dar en un agujero?

Sintió una mano posarse en su hombro izquierdo, quizá había dicho demás. Se giró y encontró a la esposa de Sperliego metida en unas mallas con un elegante saco, tan elegante como su cabello negro y recortado.

—Me ha dado un ensayo de infarto— exhaló el aire.

—Ven. El resto sigue en los vestidores.

No era de espantarse por el descaro que regalaba Samanta frente a sus suegros. Incluso a él no le preocupaba, era intocable a sus chismorreos.

Llegaron al sótano de servicio a través de un laberinto de pasillos; Sam se los sabía de maravilla, como también sabía que ninguno de los subordinados de su esposo se aventuraba por aquellos rumbos, sesgando al velador que forzosamente debía dar un rondín a eso de las dos de la mañana. Cerró la puerta con seguro y lo empujó en ella, dado que tenía la misma estatura, era un poco más batalloso para Diego de controlarla, pero le gustaba. Él desabrochó los enormes botones del saco y lo dejó caer mientras Samanta se empeñaba en devorarlo hasta la campanilla en un caluroso beso.

—Espera—, la apartó un poco para poder respirar—. Tengo una gripe y...

—Ya— le acarició una mejilla con el dorso de su mano—, ¿por qué no me lo habías dicho? Así puedo mimarte. No sabes cuánto te extrañé. Dios, no hubo nadie interesante con quien platicar.

Los ojos verdes de ella derrochaban deseo. Samanta era una mujer de ensueño, eso que ni qué; delgada, alta, con rasgos delicados, buen pecho y una boca que no solo utilizaba para comer. Siempre se la gastaba cumpliéndole los caprichos a su esposo, excepto el de tener hijos, yendo con él a los viajes de negocios para complementar la imagen idónea de un buen prototipo de emprendedor, riendo cuando la carnada del chiste era ella. Diego no comprendía por qué continuaba soportando una vida que no la hacía feliz. Él la escuchaba, cierto, era atento cuando acababan de revolcarse en algún sitio fuera de las lentes o los ojos de gente acusatoria; en un momento dado pudo afirmar que sentía algo por ella que no solo fuera atracción física; pero en el fondo sabía que no podían pasar de amantes; de hombro de apoyo a si quiera amigos. Cumplía sus expectativas en eso del cascarn femenino sin rozar las casillas de requisitos internos; Diego trataba de conversar acerca de un mundo casi utópico o de algunos pintores, cosa que siempre le hacía gracia a Sam, al poco rato también a él; solo que su risa era de lastima por sí mismo.

Samanta lo atrajo a la realidad con un beso suave y ligeramente tierno, luego recorrió el centro de su cuello hasta llegar al inicio de la playera, donde el perfume era más fuerte. Se sorprendió al sentir sus manos heladas en la espalda surcando el elástico del bóxer; ella se arrodilló, desabrochó la hebilla y bajó apenas lo necesario para liberarlo. Diego cerró los ojos y mordió su lengua para no delatarse; no se creía esa idiotez general de los empleados. La boca de Samanta era más placentera que andar con pijama en un domingo de frío. Cuando Diego tenía sexo con ella obligaba a su mente a sepultar la imagen de Sperliego bajo toneladas de mierda, como todo amante moderno debía hacer. Idealizaba las confesiones de Samanta acerca de su esposo, como por ejemplo: la golpeaba cuando no quería hacérselo justo como se lo estaba haciendo a él, le tenía estrictamente prohibido visitar a su familia en Milán, le cuidaba su dieta, le hablaba de golf cuando a ella le apasionaba el diseño...cosas de ese estilo.

Diego se permitió un gemido al correrse en su boca. Sam se puso en pie limpiándose con una tela el resto del líquido y con una amplia sonrisa dijo:

—Espero que ayude a que le patees el culo a Sperliego—. Él se subió la bragueta y se acomodó la chamarra marrón que llevaba.

—Si en vez de golf estuviésemos tocando, te aseguro que lo haría sin complicaciones.

Salieron y a mitad del complicado acertijo se separaron; claro que Diego nunca se perdería en un campo de golf.

[1] Programa televisivo de remodelación.